

## 1.ª EPÍSTOLA A TIMOTEO

### Introducción

Las epístolas a Timoteo y Tito tienen una relevancia y características especiales. Van dirigidas a personas designadas por el apóstol para actuar en su nombre y ocuparse de las necesidades de las iglesias en su ausencia. Su aplicación a nosotros no es por ello menos importante, porque además de instruirnos sobre todo lo relacionado con su estado, y la guía pastoral del apóstol, se le encarga a Timoteo la responsabilidad de imponer el liderazgo de los fieles en la iglesia para que sepan conducirse y observar sus reglas. Confundir las enseñanzas a Timoteo y Tito con las destinadas directamente a los fieles era provocar la confusión, en el mejor de los casos, dentro de su ministerio.

La mayor parte de la primera epístola precisa pocas aclaraciones, no porque carezca de importancia, sino porque contiene enseñanzas tan sencillas y fáciles de comprender que holgaría toda explicación, por lo que las exhortaciones que quisieran darse quedarían oscurecidas y perderían de vista su propósito al ser expuestas. Por otra parte, están contenidos en la carta principios de una alta importancia para la posición que ocupa la asamblea.

El Señor asume aquí, de manera peculiar, el carácter de Dios y Salvador respecto al mundo. Un principio de suma importancia en lo relativo a nuestro modo de vivir y a las relaciones con los hombres. En nuestro carácter religioso, representamos a un Dios de amor. No sucedía lo mismo en el judaísmo, aunque en realidad se tratara del mismo Dios. Él asume allí el papel de Legislador, y todos debían acudir al templo como declaraban los profetas, ya que, de hecho, sus puertas estaban abiertas. Sin embargo, no se distinguía por ser el Dios-Salvador de todos. En Tito encontramos la misma expresión.

En estas comunicaciones, hechas confidencialmente a sus hijos amados en la fe y compañeros en la obra, vemos por qué razón el apóstol establecía claramente los principios en que se asentaba la administración que se le había encomendado. Que todos los hombres eran objetos de los tratos divinos formaba la base que sostenía esta administración, y se resumía en que el carácter de Dios hacia el mundo era de Salvador (cf 2Co 5). La ley tiene aún vigencia, como dice el apóstol, para dejar convictos a los hombres injustos. Sin embargo, la soberana misericordia divina constituía el punto de partida de todo lo que él tenía que anunciar. Esta idea y espíritu tenían la función incluso de guiar la adoración de los creyentes. Daremos más detalles a continuación. A pesar de todo el amor mostrado al mundo, había en la tierra una asamblea del Dios vivo que era el apoyo y columna de la verdad, así como la encargada de difundir su testimonio en la tierra. La persona de Cristo y todo lo que tiene que ver con él constituyen el asunto de esta confesión, el alma de la asamblea, al igual que el objeto de su fe. Esta fe sería recibida con ataques del enemigo en los últimos días, que con la pretensión de la santidad se posicionaría en contra del Dios creador y Preservador de la humanidad, de los creyentes en particular. Las enseñanzas que dibujan un camino para la asamblea componen el resto de la epístola. La conducta que era apropiado que todos mostrasen se explica a Timoteo con intención de hacerle entender, igual que a nosotros, que era la que convenía a la iglesia. Veamos más de cerca el contenido de la epístola.

### Capítulo 1

Desde el comienzo, el apóstol menciona a Dios como Dios Salvador. Pablo es el apóstol de Jesucristo por mandamiento divino de nuestro Salvador, y el Señor Jesucristo es quien reafirma la confianza y la esperanza del alma.

Démonos cuenta de que el deseo del apóstol difiere del ya expresado cuando se dirige a una asamblea: «gracia, misericordia y paz». No dice «misericordia a las asambleas», ya que

estaban en ese estado de gracia delante de Dios, e independientemente de su condición se las considera asambleas por la naturaleza espiritual que poseen, y dado que es divina no se pone en duda que la precisen. La gracia y la paz son las dos cosas que debían gozar de parte de Dios; sin embargo, cuando es una única persona la que se nombra, sea cual sea su piedad o fidelidad, se la considera de carne y hueso y su carrera depende, en parte, de una determinada provisión, estando por ello en constante necesidad de la misericordia. Por tanto, el apóstol se la desea a Timoteo de igual modo que a Tito. En el ejemplo de Filemón, el apóstol añade: «la iglesia que está en tu casa», y su deseo no expresa la fórmula personal. No obstante, con Timoteo y Tito el apóstol muestra colaboración a sus compañeros en la obra, pues sabía lo mucho que necesitaban la misericordia. Era un recurso que había experimentado para consuelo de su propia alma.

El objeto especial que había hecho que el apóstol, cuando quiso internarse en Macedonia, dejara a Timoteo en Éfeso, fue que este se quedara velando por la doctrina. Pero una vez allí, Pablo le instruye en cuanto al funcionamiento interno de la asamblea. El mal que intentaba infligir el enemigo a la doctrina tenía un doble rasero: las fábulas producto de la imaginación, y la infiltración de la ley en el cristianismo. En cuanto a las primeras, se trataba del mal en su estado puro, que no edificaba a nadie. El apóstol no dice casi nada al respecto, solo los pone sobre aviso, y en cuanto a la fe de la asamblea efesia, gozaba de bastante buena salud como para tildar el asunto de una mera fabulación de historias y genealogías. El Espíritu lanzaba sus avisos acerca de que en los últimos tiempos todo tendría consecuencias cada vez más nefastas, pero por el momento solo era preciso guardar a los fieles de lo que él consideraba insustancial. Timoteo recibió el encargo de parte del apóstol de responsabilizarse de estas cosas.

Lo que se nos encarga, a modo de servicio, en el cristianismo ocupa siempre, tanto en objeto como en carácter, una posición de lo más elevada en los principios divinos y eternos, lo que forma parte del fundamento de nuestras relaciones morales con Dios.

El objeto del mandamiento paulino es el amor, un corazón puro, una buena conciencia y fe verdadera, no las sutilezas producto de los argumentos humanos y de la imaginación. Esto dice mucho de esas almas que tienen una fe sana y son guiadas por el Espíritu. Las cuestiones especulativas no despiertan la conciencia ni hacen que nos acerquemos a la presencia de Dios. Algunos habían olvidado las metas alcanzadas por el cristianismo, eligiendo las discusiones vanas. Y aquí volvemos a encontrar a los mismos que corrompían el sistema, quienes después de rechazar al Salvador sembraron de espinas el camino del apóstol con maestros judaizantes. Querían inculcar la ley; la mente humana estaba preparada para recibirla.

Veamos de qué modo alguien a la altura de la verdad divina puede poner las cosas en su lugar. El trato que Pablo otorga al producto imaginativo de los hombres es la mera fabulación. La ley era divina, y podía tornarse en algo útil si se empleaba bien. Daba un gran servicio a la hora de condenar, de juzgar el mal, de mostrar el juicio divino contra los yerros que prohibía el Evangelio, y revelaba, finalmente, la gloria del Dios bendito, la cual no podía sacrificarse tolerando el mal y cuyo cuidado era confiado al apóstol. Todo podía utilizarse para obrar un efecto en la conciencia, pero no edificaba a los justos ni a quienes estaban bajo la ley; si los había, podían hallarse bajo su maldición. La ley era también apta como espada de la conciencia. Solo la gracia es motivo suficiente para nuestra predicación y el áncora del alma.

Estos dos sistemas y sus respectivos axiomas se encuentran en los versículos 5 al 17. Forman una clase de paréntesis que el apóstol retoma en su discurso a Timoteo en el versículo 18. La práctica de la ley nos viene explicada en los versículos 8 al 13. En cierto sentido, el apóstol aclara esta cuestión, al tiempo que reconoce la utilidad de la ley como un arma de justicia para condenar, contrastándola con el evangelio que, al estar relacionado con la gloria de Dios, proclama esta gloria del mismo modo que la ley condena la maldad.

Una vez ha hablado del evangelio de la gloria que se le ha confiado, el apóstol vuelve al asunto de la gracia soberana que le inició en el conocimiento de esta gloria, el cual testimonia del cumplimiento de la obra de la gracia: «doy gracias al que me revistió de poder, porque me tuvo por fiel poniéndome en el ministerio, habiendo yo sido antes blasfemo, perseguidor e

injurioso». Así actuaba la gracia. El apóstol habla de dos cosas en su conversión: la primera, de cómo Dios se compadeció de su estado de ignorancia; y la segunda, del propósito divino de que él fuese para todos un compañero de la gracia. No hay duda de que había mantenido una actitud ignorante e incrédula, y aunque se le permitió obrar misericordia —si lo hubiera hecho como enemigo, a sabiendas de la gracia del evangelio, le habría sido imposible—, esta actitud no le excusaba de su pecado. Presenta la gracia pura y perfecta, la que abundó en su vida cuando era el principal de los pecadores, pero esto no borraba la realidad. Los principales sacerdotes habían resistido al Espíritu Santo con todas sus fuerzas. Pablo se sumó a su resistencia, y no quedó satisfecho. Deseaba actuar como enemigo de la fe donde la hubiera, acabar con el nombre de Jesús. Mucho había conseguido en Jerusalén, mas quiso saciar su apetito de odio en las ciudades extranjeras también. Sabemos cómo era su vida por el libro de los Hechos. Personificando la resistencia judía frente a la gracia, expresaba entre los hombres la enemistad humana más exacerbada contra Aquel que Dios quiso glorificar. La gracia era mayor que los pecados, y la paciencia divina más perfecta que la presión humana y hostil, que tomaba significado por la importancia que le daba el hombre, pero la primera no ponía límites a la naturaleza de Dios, salvo que contara con Su voluntad soberana. Por culpable que sea el hombre, su pecado no puede molestar a Dios interrumpiendo la acción independiente de Su naturaleza, ni cambiar Sus propósitos. Él se complació en presentar en Pablo un modelo de la soberanía de esa gracia y bondad perfectas poco después a los judíos —que como nación caen en la misma saca que Saulo—, y a todos los hombres enemigos de Dios, hijos de ira por naturaleza. El más recio adversario que, con su forma de actuar, resultó ser un vivo ejemplo del testimonio de la gracia que abundó sobre el pecado (el ladrón en la cruz), puso de manifiesto la perfección de la obra de Cristo para quitarlo.

«Al inmortal, invisible, al único y sabio Dios incorruptible...»; tales eran su naturaleza y consejos en el transcurso de los siglos, por lo que el apóstol le tributa toda la gloria y honor. En esto consistía el fundamento del ministerio de Pablo en comparación con la ley. Se basaba en la revelación de la gracia, pero en una revelación aplicada a su estado. Culpable de negar a un Salvador vivo, Pedro supo hablar a los judíos de la gracia que podía solucionar su caso, que era también el suyo. Y Pablo, antes enemigo de un Salvador glorificado, y reaccionario al Espíritu Santo, supo proclamar la gracia que se sobreponía a ese estado pecaminoso y a lo que provenía de la naturaleza humana. Una gracia que, según los consejos divinos, abría la puerta a los gentiles una vez que los judíos desperdiciaron sus oportunidades, siendo sustituidos por la asamblea celestial. La gracia bastaba para admitir en un futuro a una nación culpable, introduciéndola en unos privilegios superiores a los que habían dejado escapar.

Así eran el llamamiento del apóstol y su ministerio. Tras mostrar las incoherencias de la ley frente aquello que se le había encomendado, y afirmar su utilidad para juzgar el error (no como norma de los justos o guía del pueblo de Dios), retoma el hilo de su discurso y da los detalles a Timoteo de su misión entre los efesios. Al final del capítulo 1, le confiere la responsabilidad de portar su mandato.

El término que emplea guarda relación con los versículos 3, 5. Había dejado al discípulo en Éfeso para que mandara a ciertas personas que no enseñasen otras doctrinas distintas a las verdades evangélicas. La meta de este mandamiento, de esta comisión evangélica, era que el amor pudiera brotar de un corazón puro, de una buena conciencia y una fe real. Al tiempo que revelaba los maravillosos consejos de Dios, el Evangelio sostenía también los principios eternos tan importantes de Su naturaleza, lo que distinguía la verdad frente a la orgullosa pretensión de la imaginación, que incurría en herejías. Según estos principios, el evangelio exige al hombre llegar a una relación con Dios de corazón, veraz. Esta era la comisión que el apóstol confiaba a su hijo en la fe, quien tenía que poner por obra, y mantener de manera formal, una autoridad basada en el testimonio divino. El apóstol se la había dado no porque sí, sino por lo que establecían las profecías, que escogieron a este discípulo para canalizar a través de él la fuerza y la energía espiritual en el conflicto. Las condiciones para la victoria resultarían de la naturaleza de esta comisión. Timoteo tenía que guardar la fe y mantener una buena conciencia. La fe aquí

no es únicamente en la doctrina del cristianismo, sino en aquello que el alma conservaba de parte de Dios, reconociendo que provenía de él. Timoteo debía guardar también la verdad, la doctrina cristiana, y asimismo la revelación divina en el alma. La luz debía reflejar las pautas marcadas de la autoridad divina. Era la fe que Dios había revelado, recibida tal cual como verdad.

A fin de poder tener comunión con Dios, la conciencia debe ser buena, pura, y si no estamos en comunión con él, no tenemos la fuerza que nos guarda en el camino de la fe y nos permite perseverar, profesando la verdad que él nos ha dado. Satanás, en este sentido, ejerce un cierto control sobre nosotros, y si el intelecto se muestra activo, caeremos en la herejía. La pérdida de una buena conciencia abre la puerta a Satán porque nos priva de la comunión. La mente, bajo este influjo, expresa sus ideas en vez de confesar la verdad divina. El apóstol denomina este estado «blasfemo»; la voluntad humana se muestra activa y, cuanto más elevado es el asunto que acomete, más peligro corre la voluntad irrefrenable, poseída por el enemigo, de desviarse y ensalzarse sobre Dios, sobre aquello que es capaz de someterla a la obediencia a Cristo y a la autoridad de su revelación.

El apóstol había entregado a dos personas de estas características a Satán, en lo referente al testimonio. Aunque habían sido engañadas, no estaban tan dominadas como para que el adversario pudiera manejarlas a su antojo y atormentarlas hasta hacerlas sufrir. En la asamblea (y nos referimos a su marcha normal), carece de esta clase de poder. La asamblea es guardada de él porque es la morada del Espíritu Santo, protegida por Dios y el poder de Cristo. Podremos ser tentados de forma personal, pero Satanás no posee, por definición, ningún derecho sobre los miembros que se hallan dentro, y pese a que son débiles, no puede entrar. Serán, en cualquier caso, entregados para corrección, cosa que sucede (mirad a Job). Sin embargo, la asamblea tenía que poseer el conocimiento y ser guardiana del cumplimiento de los tratos de Dios con los suyos. En la asamblea está el Espíritu Santo; Dios mora en su casa espiritual. Fuera está el mundo, cuyo príncipe es Satanás. El apóstol, gracias al poder con que se le invistió —no dudamos de que fue así— entregó a estos dos hombres al poder del enemigo, viéndose privados de la seguridad que habían estado disfrutando. Habían escuchado al adversario y acabaron siendo sus instrumentos. Esto no debería haber sucedido con los miembros en la asamblea. Estos hombres debían pasar por la experiencia de lo que podía hacer Satanás si se pactaba con él. Así, Dios se valió del diablo para el bien de sus rebeldes hijos. Satanás iba a ser la vara que los haría pasar por toda clase de humillaciones, angustia espiritual o corporal, con el resultado de manifestar una voluntad rota que acabara sujetándose finalmente a Dios. ¡Qué disciplina más sobria y solemne en manos del hombre! Pero también es una prueba de que el amor de Dios dispone de todas las cosas con el propósito de librar un alma y atraerla de nuevo hacia él.

## Capítulo 2

El apóstol sigue dando instrucciones basadas en los importantes principios establecidos por la gracia. El espíritu judío se fijaba en los reyes gentiles y los consideraba sus enemigos (los gentiles en general), para tenerlos como indignos del favor divino. La persecución que sufrían los cristianos daba ocasión a la carne de fomentar este gusto por un espíritu legal, pero la gracia está por encima de estos sentimientos y forma de discurrir, enseñándonos a profesar amor a todas las personas. Somos de un Dios-Salvador que en el evangelio actúa con misericordia hacia todos. Principalmente, debían pedir por los reyes y todos cuantos en el mundo ocupaban una posición distinguida, para que él pudiera disponer de su corazón y a nosotros permitirnos vivir en paz y tranquilidad con toda templanza, ya que su voluntad era que todos los hombres se salvaran y llegasen al conocimiento de la verdad, cosa que le complacía en sumo grado. El tema aquí no son los consejos divinos, sino los tratos con los hombres bajo la economía evangélica. Dios actúa en gracia. En el tiempo aceptable, el día de salvación, abre la puerta en virtud de la sangre de Cristo y proclama la paz, brindando una efusiva bienvenida a cuantos acuden. La obra está hecha y Su carácter se glorifica totalmente en lo que al pecado se refiere. Si rehúsan venir,

será por la voluntad del hombre. Que Dios cumpla sus consejos no implica, al fin y al cabo, ningún cambio en sus tratos ni en la responsabilidad humana. Tenemos que proclamar el amor a todos con un espíritu amoroso en nuestro proceder. La diferencia entre el judío y el gentil desaparece por completo en este punto. Hay un Dios y un mediador entre él y los hombres, Jesucristo Hombre. Son las dos verdades primordiales que constituyen la base de toda auténtica religión. El judaísmo había mostrado la revelación y el testimonio al mundo de que solo había un Dios. Esta afirmación permanece sin cambios, aunque es insuficiente para atraer a todas las personas a una relación con él. Dios habitaba detrás del velo, en la oscuridad que envolvía su majestad. El cristianismo, que le revelaba como verdadero, nos muestra la otra cara, que hay un único Mediador entre Dios y los hombres, tan cierto como que hay un solo Dios. He aquí la verdad importante y notable del cristianismo.

Dos rasgos distinguen al Mediador. Él es un Hombre que se dio a sí mismo en rescate por muchos, y el tiempo de dar este testimonio había sido consignado por Dios.

¡Valiosa verdad! Encontrándonos en tinieblas, éramos culpables y no podíamos llegarnos hasta su presencia, por lo que necesitábamos un mediador que, manteniendo la gloria divina, nos llevara hasta una posición en la que poder presentarnos ante la justicia gloriosa. Cristo se dio como rescate, pero debía hacerlo como hombre a fin de sufrir por todos y representarlos. La cosa no acaba aquí. Somos débiles, a pesar de haber sido borrada nuestra culpa, y en este instante necesitamos la revelación divina para echar mano de los recursos que Dios nos da para la comunión. A resultas de obtener esta revelación por motivo de la debilidad, Cristo ha mostrado a Dios y todo lo que significan su persona y circunstancias, con las que poder sentir nuestra necesidad material y espiritual. Él descendió a las profundidades más abismales hasta no quedar nadie, entre los más desgraciados, que no pudiera decir que el Dios bondadoso estaba cerca y totalmente disponible para buscarlos con amor entre la miseria humana. No existía ninguna necesidad que no fuera capaz de satisfacer.

De este modo se dio a conocer en la tierra, y ahora que está ascendido, no ha cambiado. No se olvida de sus experiencias humanas, pues por el poder divino se perpetúan con la sensibilidad compasiva de su humanidad, gracias a la fuerza de ese amor que lo originó y lo impulsó. Sigue siendo un Hombre perfecto y divino en la gloria. Su divinidad comunica el poder del amor a su estado humano, el cual no desconoce. Nada se parecía más a un Mediador que él, ni existía nada que pudiera igualar sus empatías y conocimiento del corazón humano, los vacíos que lo insatisfacían. En la medida que la divinidad respondía a lo que sabía ofrecer, él descendió con el poder de su amor y se acercó a los dolores de la humanidad, al corazón herido, oprimido y afligido, inclinándose bajo el peso del mal. No hay cariño, gesto empático ni humanitario como los que él dispensó. No existe corazón más comprensivo que conozca nuestra forma de sentir, sea cual sea la carga que lo aflija. Hablamos del Hombre Cristo Jesús, nuestro mediador, y nadie había tan cercano que descendiera tan abajo para cubrir, con su divino poder, todas y cada una de las necesidades humanas. La conciencia es purificada por su obra y el corazón se siente eternamente aliviado gracias a lo que Él fue y es. Solo hay un mediador. Pensar en alguien más sería arrebatarse la gloria, y a nosotros el perfecto consuelo. Su venida de lo alto, naturaleza divina, muerte y vida como Hombre celestial, le autorizan como el único y auténtico intercesor.

Está la otra cara de la verdad, y es el hecho de que él es hombre. No solo fluctúan en el trono sus funciones de Sacerdote entre Israel y el Señor, ni es solo el Mesías quien ofrece a Israel un lugar de relación con Dios, sino también el Hombre entre Dios y los hombres. Todo queda esclarecido por su presencia, conforme a la naturaleza eterna de Dios y de la necesidad humana. De estas verdades eternas de significado universal, Pablo era heraldo y apóstol. Poseían un carácter habitual en todas las épocas, a las que trascendían, y estos hechos tenían una fecha para el cumplimiento de su revelación.

Para conseguir que los hombres se acordaran de Dios, los medios que dependían del uso que hicieran de ellos se probaron todos y resultaron en vano, por lo que había llegado el momento de sentar las bases para iniciar una relación con Él, que fuera Dios quien las

estableciera. Los gentiles serían los que oírían el testimonio de la gracia, y el testimonio del apóstol consistía en ser «maestro de los gentiles en fe y verdad».

Pablo ha echado claramente los cimientos y continúa dándonos detalles. Los hombres tenían que orar en todas partes levantando puras las manos, sin ira y vanos razonamientos. Las mujeres, conducirse con modestia y adornarse de buenas obras, aprendiendo calladas. Se les prohibía enseñar o ejercer autoridad alguna sobre los hombres; su rol era hacerlo en silencio. La razón que se da al respecto es bastante extraordinaria, y demuestra que en nuestra relación con Dios todo parte de un punto de inicio. En su inocencia, Adán ocupaba el primer lugar; en el pecado, lo pasó a ocupar Eva. Fue ella que, tras ser engañada, introdujo la transgresión. Adán no fue engañado, pero sí era culpable de haber desobedecido a Dios. Hizo piña con su mujer, y pese a no ser burlado directamente por el enemigo, el afecto por ella le debilitó. Debilidades aparte, es lo que hizo el segundo Adán al seguir a Su esposa culpable y engañada, con el objeto de redimirla y darle la libertad, llevando sus faltas. Eva sufrió el castigo por su culpa de un modo que la marca del juicio divino la debilitó; sin embargo, andando con modestia, fe, amor y santidad sería liberada del momento de la prueba, y el sello del juicio daría paso a la misericordia y el socorro divino.

### Capítulo 3

A continuación, el apóstol explica a Timoteo las cualidades que debe tener un obispo y su esposa. Hace la suposición de que había quienes deseaban emprender esta buena obra, cuidar a las almas con la mirada pastoral puesta en el camino de los creyentes, velar por ellos, para que los miembros de Cristo supieran responder a Su amor y no perdieran ningún privilegio. Para conseguirlo, debían mantener ese feliz estado y la unidad de que disfrutaban a la sazón, proteger el rebaño del Señor de los lobos rapaces que intentaban saltar las bardas del redil. En eso consistía el valor de su obra, y para aquel en cuyo corazón el Señor puso el cuidado de las almas de Su pueblo, sería su buen deseo llevarla a cabo. Es lo que pensaba el apóstol sobre los candidatos; era una palabra fiel y verdadera, pero se necesitaban ciertas cualidades para que alguien fuera considerado apto para el cargo. Los dones no van incluidos en estas cualidades, a menos que se considere un don la aptitud de ser apto para la enseñanza. Si la cualidad se presenta como un don, es porque que el hombre debe poseer aptitud. La pericia de utilizar esta verdad con otros servía de mucho a la hora de cumplir con el cargo, y no nos referimos en ningún momento a la enseñanza pública en la asamblea. Lo importante era el peso moral que imprimía al cargo.

Timoteo no se quedó en Éfeso para nominar ancianos; sin embargo, eran cualidades exigidas a un obispo, y Pablo le exhorta a que esté atento a esta cuestión. No es necesario entrar en detalles. Son lo bastante claros en cuanto a las cualidades que también se esperan de un diácono.

El asunto sobre «la condenación del diablo» se refiere siempre a la exaltación del obispo, vista la importancia que se daba (cf Ez 28). «El lazo del diablo» es otra cosa distinta. Si alguien no tiene buena reputación cederá terreno al diablo, porque no osará resistirle.

Fijémonos que el apóstol habla de las esposas de los diáconos, no de las de los obispos, salvo que estos debían ser maridos de una sola mujer. Los obispos tenían un cargo que los mantenía ocupados con las almas gracias al cual ejercían autoridad en la iglesia, donde no se permitía a las mujeres realizar ningún tipo de acción. Los diáconos tenían la obligación de ocuparse de sus asuntos familiares, y en más de una ocasión las esposas podían volcar en ellos sus cuitas. Con las atenciones espirituales de los diáconos, no obstante, nada tenían que ver. Era por tanto requisito de las esposas poseer cualidades que las hicieran ganarse el respeto de sus maridos, al tiempo que ellos las guardaban de ser entrometidas y correveidiles.

La fidelidad mostrada en el cargo de diácono —un asunto de máxima delicadeza que necesita toda la comprensión cristiana— era un medio para ganar fortaleza en la obra de Dios.

Esteban y Felipe constituyen ejemplos de ello. Sus poderes espirituales pronto les hicieron ganar mucha más reputación en el servicio que siendo solo diáconos.

¿Cómo era la iglesia de aquellos días? Lo que seguramente ha sido siempre a ojos de Dios. Pero al manifestarse ya entonces el amor dentro de un orden estipulado por la energía del Espíritu Santo, y la unidad de todo el cuerpo por la acción de sus miembros, la iglesia era la casa de Dios. Gracias a él todavía lo es, a pesar de lo cual notamos una leve diferencia desde entonces.

Examinemos las palabras que el apóstol dirige a la asamblea, a la que escribe con la esperanza de poder ir pronto a visitarla. Anticipándose a cualquier posible tardanza, antes Timoteo debía saber cómo conducirse en ella. Acto seguido, se le dice cuál es su composición.

En primer lugar, es la casa de Dios, donde él mora (cf Ef 2:22). Entiendo que aquí se la contempla sobre la tierra porque el apóstol habla del comportamiento en ella. Una verdad importante que confiere a la asamblea mucho peso, dado que tiene relación con nuestra responsabilidad. Esta idea no es por nada difusa, aunque la iglesia se componga de vivos y muertos y no sepamos donde mirar, dado que parte de ella está viva y la otra la forman las almas que están en el cielo. Aquí es la casa divina, en la que tenemos que saber comportarnos indistintamente de la posición que ocupemos, de modo que la honremos. Dios mora en la asamblea sobre la tierra. Nunca insistiremos lo suficiente. Cualquier otro aspecto que tienda a causar la confusión sobre esta verdad, aduciendo que algunos están muertos y la asamblea no se encuentra toda aquí, proviene del enemigo y contradice la Palabra. La iglesia subsiste en la tierra y es la casa de Dios.

También se la conoce como la iglesia del Dios vivo, pues a diferencia de los hombres y los ídolos muertos, no es de este mundo, sino creada por aquel en quien reside el poder de la vida. Tampoco constituye una nación, como sí la formaba la antigua congregación en el desierto.

En tercer lugar, es la columna y baluarte de la verdad. Cristo fue la verdad sobre la tierra; siempre lo había sido, más aún cuando vino. Ahora está escondido en Dios. La asamblea no es la verdad; la palabra de Dios sí. Su palabra es verdad; existe antes de la asamblea. Ante todo, se trata de una fe en la verdad que la congrega y que está contenida en ella. Cuando se haya ido la asamblea, los hombres serán entregados a un poder engañoso.

Puede que solo quede un pequeño residuo de cristianos que guardan la palabra veraz, pero no es menos cierto que la asamblea, mientras dure su existencia, se constituye como único testimonio de la verdad, un testimonio divino que poder presentar ante los hombres y, finalmente, representado por esa grey flaca de Filadelfia. Y la posición de responsabilidad que representa la asamblea en Laodicea será vomitada de la boca de Cristo, quien asume el carácter del amén, el Fiel y Verdadero. Sea como fuere, la asamblea instituida por Dios es la columna y baluarte de la verdad. No defendemos aquí solo la verdad, sino el hecho de representarla y mantenerla. Aquello que por definición puede no representarla no es la asamblea.

La presencia del Dios vivo y la profesión de la verdad son los rasgos distintivos de su casa, donde sea que se encuentren la asamblea y la verdad.

El misterio de la piedad, que radica en el centro de lo que la asamblea mantiene en el mundo, es grande y hace referencia, básicamente, a la persona de Cristo. Como es evidente, el apóstol no describe aquí las distintas partes que componen la verdad, sino lo que da consistencia al conjunto esencial para hacer efectivas las relaciones entre Dios y los hombres.

Él se ha encarnado, y es una maravillosa verdad. Donde todo es confusión y pecado en la naturaleza del que lo introdujo, él pone en su sitio la inmoralidad y demuestra con su presencia que el amor está por encima de todo, manifestándose en un cuerpo de carne como Luz y centro de toda bendición. Donde existía pecado, vino el amor que lo cubrió. Esclavo del mal, el hombre discierne en su naturaleza el origen y poder de todo bien. Dios se ha manifestado en medio del mal y de la desidia de la naturaleza humana. ¿Podía hallarse algún mal en alguien así? ¿Tenía que experimentar la misma suerte de lazos de esclavitud que los demás? En ningún modo, sino que bajo iguales circunstancias demostró ser superior a todo, perfecto en todos los sentidos. La ausencia de toda clase de pecado era algo que el Espíritu Santo se encargó de reflejar en Su vida terrenal, y si los hombres hubieran sido capaces de verlo —demostrado, de hecho, por la

conciencia de cada cual—, habría sido la luz pura que brillaba sobre todos y con fuerza a través de la resurrección.

Dios se hizo visible a los ángeles y fue predicado a los gentiles, no solo a los judíos, convirtiéndose en el objeto de la fe en el mundo, no en una manifestación del poder visible que reclamaba Su gloria y derechos. Finalmente, tomó un lugar en lo alto, en la gloria de la que había venido. Dios es así conocido según la verdad. No hay ninguna otra fuera de mantener la revelación de la persona de Cristo. Merece la pena observar que en esta epístola, como en la siguiente, el apóstol no dice nada de la relación con Dios de los cristianos como hijos, ni de sus privilegios ni de lo propio de la esfera íntima de la familia. Expone verdades esenciales al testimonio ante el mundo, su significado para la asamblea, qué significa que Dios se lo ofrezca a los hombres. La casa, la columna y baluarte de la verdad, tiene la responsabilidad de transmitir al mundo el conocimiento divino. El misterio de la piedad, cuyo vehículo de transmisión es la asamblea, responde a esta pregunta. Es la grandiosa verdad en que se basan todas las relaciones de Dios con los hombres, por medio de las cuales trata con ellos. Por tanto, dice el apóstol: «porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre».

No habla aquí de los privilegios de los hijos ni de la esposa celestial de Cristo, sino del fundamento de las relaciones divinas con la humanidad. Al Padre no se le menciona, ni tampoco el Espíritu, salvo cuando se da la conexión con la persona de Cristo como justificación de su testimonio. Se trata de Dios, del Mediador, del hombre, de la asamblea como vaso, depositaria de la verdad del testimonio divino, de lo contrario serían malos espíritus quienes desviarían a los hombres de la fe. Esto reclama toda nuestra atención.

No solo es el testimonio de la gracia del evangelio lo que sostiene los principios eternos de la naturaleza y la gloria de Dios, y sus relaciones con los hombres, sino los dolores que padece el apóstol para que la asamblea sea guardada de los ataques enemigos y del desorden inapropiado —no se está refiriendo a sus reglas administrativas—. Dios y el Señor Jesucristo emergen ante nosotros. Se expone la majestad de su verdad inmutable y sus relaciones con los hombres, así como su revelación en la carne. Él estaba en Cristo reconciliando al mundo, moraba en la asamblea para que pudiera presentarse y mantenerse la verdad, que, tal y como vimos con relación a Cristo, es la revelación que Dios hace de él. Dios desea estar en relaciones con los hombres, y así es como lo hace. La asamblea sostiene los derechos del Creador y del Dios-Salvador sobre la tierra, manteniendo un orden moral que hace frente al enemigo y preserva este testimonio.

#### Capítulo 4

Sin embargo, había quienes abandonaban la fe y el conocimiento del Creador, del Dios-Salvador manifestado en la carne, y lanzaban sus ataques a estas cuestiones que acabamos de citar. Quizá pretendían cumplir con la idea de los privilegios cristianos más que los demás, pero pecaban contra los principios básicos de la fe, que relacionaba al Dios-Salvador del cristianismo con el único Creador. Según el cristianismo, el Dios eterno no solo había creado el mundo, sino que también se había revelado en Cristo. Estos apóstatas introducían doctrinas de demonios e intentaban negar que el único y suficiente Dios de la naturaleza se hubiera manifestado. Seducidos por estos malos espíritus, prohibían con la conciencia cauterizada la práctica de lo que él había establecido como bueno y dado a los hombres por pleno derecho después del diluvio, como si la superioridad de la santidad y la relación con un Dios más exaltado no fueran de acuerdo con sus costumbres. Al haber abandonado la santidad de la comunión con él y los mandamientos de Cristo, negaban lo que había ordenado desde el principio y se soliviantaban contra la autoridad del que lo había dispuesto así, tratándole de imperfecto, o todavía peor, de cruel.

Perdieron la compostura originada por el temor de Dios y abrieron la puerta a la disolución y la impiedad. El Espíritu advierte a la asamblea al respecto, y el fiel apóstol se lo comunica a



Timoteo para que ponga sobre aviso al resto de los hermanos. No le habla, por tanto, de privilegios. Leal a la gloria divina, vuelve a los principios gloriosos que mantienen los derechos innegables del único Dios, sin vanagloriarse de su conocimiento, sino intentado evitar a la asamblea cualquier extravío.

No debemos confundir a los pocos que abandonaron la fe con la apostasía general de 2Ts. Aquí, algunos se alejaron de la verdad tras ser seducidos por los demonios, pero la asamblea subsiste guardada de la invasión de estos principios malévolos. Totalmente distinto es la apostasía general y la manifestación del hombre de pecado, que aquí no son la cuestión.

La epístola habla de la fidelidad que repele el error para abrazar la verdad, y se lo recuerda a los hermanos, de manera que no se induzcan al error de uno que se sienta en el templo de Dios y acaba siendo destruido por el resplandor de la presencia del Señor. Todo lo que había que hacer era traer a la memoria la bondad del Creador, cuyos dones, recibidos con acción de gracias, significaban algo bueno que no debía despreciarse. Y desde luego no habían de emplearse para satisfacer la codicia, sino que al ser santificados por la Palabra y ofrecidos mediante la oración, su uso propiciaba el contacto con Dios. Tenían que recibir estos dones de Su mano, como todo lo que proviene de él y lleva la marca de su bondad. El hombre había sido negligente con todo cuando abandonó a Dios, y lo que tenía ahora no era una comunión con él, por lo que comía simplemente como una bestia, peor aún por haberle dejado. La palabra divina restituía la relación bajo la gracia y en ella se basaba la oración. Aunque bajo otro género de circunstancias esto se haya agravado, el principio de reunión monástica se juzga aquí en el fondo y en la forma como un tipo de congregación aislacionista, por sincera que sea la persona que intenta tomar este camino para honrar a Dios. Él no retira los dones a quien los haya aceptado voluntariamente, pero su diverso uso, lejos de satisfacer la voluntad y la ambición, debe llevarle a reconocer con agradecimiento que los ha recibido de su parte, aceptar que es su voluntad dárseles.

Es lo que en realidad quiere enseñar el apóstol a continuación. Con esta enseñanza, Timoteo sería un buen siervo de Jesucristo, nutrido en la verdad. El ejercicio corporal de poco le aprovechaba, pero en cambio la piedad era de muchísimo valor para la tierra y el cielo. Advirtiendo contra la ociosidad, la vana especulación de la mente humana y sus peligros —en los que no deja de insistirle—, el apóstol hacía su trabajo. Trabajaba y era censurado por causa de esta doctrina divina, válida y digna de ser aceptada, dado que tenía fe en el Dios vivo que, en Su providencia y poder supremo, gobernaba, guardaba y cuidaba a todos los hombres, especialmente a aquellos que creían. Era este Dios, Creador y Salvador, en quien él creía cuando trabajaba para el Señor. Esto era lo que Timoteo tenía que enseñar e inculcar con autoridad.

A tenor de estas enseñanzas impregnadas de autoridad, el apóstol habla después de la figura y posición de Timoteo. Era joven, pero había de seguir ocupándose de todo y ganar con su conducta aquella reputación que los años aún no le habían granjeado. Tenía que ser ejemplo a los creyentes y ocuparse con la lectura, la exhortación y la enseñanza hasta el regreso de Pablo. Además, Dios le tenía preparado algo especial para la obra, cosa que no podía olvidar ni descuidar. Le había comunicado un don y le había escogido a tal efecto por medio de la profecía. Este testimonio divino, sumado a la operación de un poder, acompañaba el sello del testimonio humano, del que daban fe los ancianos cristianos (cf Hch 13:1-3).

Todo convergía para fortalecer a Timoteo en el servicio, en la autoridad que ejercía en ese momento sustituyendo al apóstol. Debía presentar siempre el sello de una conducta irreprochable, porque eso iba a influir en los corazones y las conciencias. Timoteo se fortalecía porque era consciente de que fue oficialmente escogido por Dios para la obra. Se le había comunicado el don divino, y él recibió el timbre de la aprobación de todo cuanto era digna la asamblea. Siendo así fortalecido, tenía que entregarse a las cosas del Señor, de tal modo que su progreso fuera evidente a todos y demostrara su vida de comunidad. Al mismo tiempo, tenía que prestar atención y aplicarse en la doctrina como medio de salvación para él y cuantos le escuchaban.

## Capítulo 5

Una vez evaluado el obrero, el apóstol vuelve a los detalles de la obra en la que aquel tenía que mostrar diligencia. El tema del capítulo es el testimonio apropiado para un camino recto, lo que estaba bien visto desde la posición que ocupaban los individuos respecto al mundo. El apóstol habla de los ancianos, de las viudas, de lo que mejor convenía a las más jóvenes, así como del respeto debido a los fieles ancianos, también maestros entre el resto. No se hace ninguna referencia al alma ni a sus relaciones con Dios, pero sí se trazan las líneas del testimonio público apropiadas a la posición que deben tener en el mundo una serie de personas. Es importante observar esto, que, aunque nuestro gozo radique en nuestros privilegios celestiales

y comunión, no podemos descuidar las obligaciones del día a día y sus implicaciones morales para salir indemnes. Debemos procurar conocer todos los peligros que nos acechan, dado que la carne es la que es.

Se hacía provisión para las viudas que no tenían parientes que las mantuvieran. Había también ancianos que no ejercían la enseñanza, pero Timoteo no debía tolerar protestas contra ellos, a no ser que estuvieran presentes dos o tres testigos.

Todo servía para consolidar el testimonio mediante la instrucción que daba el apóstol, con miras a mantener el orden de un camino, para alabar lo que tenía buen nombre ante los demás y era respetable para quienes merecían respeto. Timoteo debía ir con cuidado de no imponer las manos y dar su aprobación a nadie que no ofreciera garantías morales de que, en la posición que había decidido ocupar, merecía esta señal de respeto de los demás. Hacer lo contrario diría de Timoteo que participaba de los pecados que podían imputarse a esa persona.

Los pecados flagrantes de algunos hombres eran aireados antes del juicio que los esperaba. Los pecados de otros permanecían ocultos, pero los sorprenderían saliendo a la luz de aquel día. Esa era la razón por la que Timoteo no tenía que precipitarse en el desempeño de su cargo, sino procurar antes mantenerse puro.

Su moderación no le era desconocida al apóstol. Siendo Timoteo débil de cuerpo, le recomienda usar de libertad tomando un poco de vino, feliz evasión que le concedía la gracia. Tenemos aquí una prueba de las costumbres de este fiel siervo. El Espíritu nos muestra la prudencia con que se conducía para no caer en las pasiones que le excitaran lo más mínimo, procediendo al tiempo con libertad para todo lo bueno cuando existían motivos de verdad. La solícita inquietud del apóstol por su compañero en la obra del evangelio es evidente. Un pequeño paréntesis que acompaña la expresión «ni participes en pecados ajenos» y que encierra gran belleza. Este cuidado leal era propio de Pablo, que deseaba la santidad para su representante y sabía cómo ganarse su respeto, manteniendo una conducta que también le había recomendado con empeño y demostrándole su cariño afectuoso.

## Capítulo 6

El apóstol sigue ofreciendo los mismos detalles con relación a los siervos, es decir, los esclavos, que tenían que respetar a sus amos para que la doctrina del Señor no fuera blasfemada.

Si los amos eran creyentes, había naturalmente más confianza y familiaridad, dado que ellos y los siervos eran uno solo en Cristo. Sin embargo, podía amenazar el riesgo —la carne se las sabe todas— de que los siervos no trataran a sus amos con el respeto que merecían. El apóstol le avisa en cuanto al abuso de la caridad cristiana, y del compañerismo íntimo y la confianza que debían existir entre los hermanos, motivo suficiente para que el siervo honrara a su amo tratándole con más amor e igual consideración.

Era preciso que el apóstol se mantuviera firme. Todas las otras enseñanzas —negarse a recibir las puras palabras de la doctrina cristiana (las palabras de Cristo, y la doctrina adecuada

a la piedad)—, procedían de la carne y la soberbia humana de abusones que querían convertirlas en su medio de vida. Eran el tipo de personas a las que Timoteo tenía que evitar como varón de Dios. La piedad era realmente ganancia si se conformaba con lo que poseía, pues el cristiano, que no pertenece al mundo, debía estar contento si tenía alimento y vestido.

El amor al dinero es la raíz de toda clase de males. Algunos se habían desviado de la fe cristiana seducidos por la ambición, y el corazón del apóstol quedó roto de dolor. El deseo de enriquecerse conducía a la tentación y las trampas de la necia codicia. Timoteo tenía que huir de estas cosas. Este es el pensamiento central del capítulo: el discípulo estaba en el mundo porque Dios le había puesto como representante en la obra, así que sus intereses eran anhelar otra serie de cosas que las riquezas terrenales. Su carácter consistía en amar la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia y la afabilidad, rasgos que presentaban a Dios al mundo y le glorificaban.

Mientras tanto, continuaba el conflicto y, como siervo, Timoteo tenía que librar la buena batalla de la fe. Si alguien representa a Dios en el mundo habrá beligerancia, dado que el enemigo está ahí. Se precisa también la energía de la fe para agarrarse con fuerza a la vida eterna, entre las seducciones y los problemas de «lo que se ve». Además, Timoteo había sido llamado para este cometido, y él había hecho una buena confesión delante de muchos testigos. Finalmente, el apóstol le pide encarecidamente que no abandone la presencia divina, a la Fuente de vida, ni a Jesucristo, que había dado testimonio sin titubear ante los poderes de este mundo. Hacía a Timoteo responsable de guardar el mandamiento sin mancha ni reprensión hasta la manifestación del Señor Jesucristo.

Sigo insistiendo a estas alturas de la disertación en que Pablo no habla de los privilegios de la asamblea, sino de sus responsabilidades. Tampoco se ha referido a su arrebatamiento, sino a su manifestación, cuando se recojan los frutos de su fidelidad o fracaso, y cada cual ocupe su lugar en la gloria visible. Todos serán como Cristo y entrarán en su gozo, pero de ahí a sentarse a su derecha o izquierda en el reino es la porción que el Padre ha reservado solo a algunos. El afecto paternal se concederá según haya sido la obra encomendada para que fuera cumplida con poder, aunque es cierto que por medio de la gracia él la considera ya nuestra.

Cristo es aquí el Hombre fiel (v 13), a quien Dios manifestará en la gloria delante de todas las criaturas en el instante señalado por sus consejos.

De lo que se habla aquí es de la responsabilidad de cara al mundo, de la gloria como resultado. El Sumo Dios invisible es vindicado en su majestad. Presenta al Señor Jesucristo como centro de la creación, depositaria de su gloria, el que habita en la luz inaccesible y al cual, en su divina esencia, el hombre no puede ver.

El carácter de la epístola es extraordinario. En ninguna otra parte se ve la majestad inaccesible de Dios como aquí. El carácter de la divinidad suele conformar el núcleo de la enseñanza y su revelación, pero en este punto únicamente él posee una inmortalidad de pura esencia. Vive en la luz inaccesible y permanece siempre oculto a los hombres. Solo él tiene poder y dominio sobre los que gobiernan. Es Dios haciendo abstracción de su esencia divina, desde la inmutabilidad de su Ser y con pleno uso de los derechos de su majestad, velados a todo el mundo.

Cristo será el centro de la gloria visible. Tras participar en la gloria precreacional, exhibirá otra distinta mediante la naturaleza humana que una vez asumió, y hará que los suyos participen de su gozo y de todo lo que poseerá bajo este carácter. Se revela como Dios para que todos puedan reconocerle. Son la responsabilidad, y la fidelidad hacia ella, las que se manifestarán aquel día. Por pequeña que sea nuestra parte, nos la concede un Dios al que representamos, ante el que hemos de caminar, y cuya majestad debemos respetar sin titubear con nuestra conducta y relaciones para con todos los que él ha creado.

El apóstol concluye su exhortación a Timoteo poniendo gran énfasis en que advierta a los ricos de que no confíen en la inseguridad de sus riquezas, sino en el Dios vivo, que nos permite disfrutar de todo con tanta largueza. Tenemos delante al supremo Dios Creador. Además, tenían que abundar en buenas palabras y estar dispuestos a ser generosos con sus bienes de valor, que

eran proclives a almacenar (en figura) ante la premura del tiempo que estaba a punto de cumplirse, por lo que únicamente debían echar mano de la vida que realmente valía la pena vivir. El apóstol reitera su apremiante exhortación a Timoteo para que guardara lo que se le había encomendado, evitando las palabras vanas y profanas, sin apartarse un ápice de la verdad santificante y cuerda, y que ignorara la ciencia humana que pretendía infiltrarse en las cosas divinas como si fueran el área de su conocimiento. Fue lo que provocó la caída de muchos con respecto a la fe cristiana.

No me cabe duda de que, tal como dice el apóstol, tenemos la imaginación mema que absorbía a los hombres por el efecto hostil del enemigo. Habla de ellos con relación a la majestad del Ser divino único y verdadero, en quien reside toda la plenitud, y de la moderación de una moral práctica que guarda el corazón bajo llave, separado de las falsas y vanas especulaciones que inducían al hombre a caer. El apóstol hacía que las almas se mantuvieran sobrias en la paz que proporcionaba la majestad del único Dios verdadero.

Pronto se correrá el velo por la aparición de Jesús, al que el Altísimo manifestará al mundo.